

# El maestro JAN

José Fernando Jiménez Mejía

(Colombia, 1963-v.)

Ingeniero Civil. Magíster en Aprovechamiento de Recursos Hidráulicos de la Universidad Nacional de Colombia. Doctor en Ingeniería de la Universidad de Antioquia. Profesor Asociado de la Universidad Nacional de Colombia. Autor de un libro, varios capítulos de libro y artículos.



## Resumen

**D**os oficios fundamentales ocuparon la existencia de Jorge Alberto Naranjo: el de maestro y el de escritor. Sus energías creativas se invirtieron mayormente en ello. El presente texto plantea una metodología para el estudio de una obra que, como la de él, se caracterizó por una notable heterogeneidad, cuidadoso análisis, sentido ético y libertad espiritual.

## Palabras clave

Cultura local, ética, Jorge Alberto Naranjo Mesa, libertad espiritual.

Hago parte de una generación que en Colombia vivió la transición de un mundo casi campesino hacia los tiempos modernos, o que llamamos modernos; estos, cargados de discursos, devastación ambiental, deterioro social, crisis de la moral y acompañados de la primera gran irrupción, en los espacios íntimos, de los aparatos tecnológicos. Aquellos de un poco más edad que nosotros aún conservan el recuerdo de tertulias con una tía que les contaba historias de personajes comunes y de espantos, a la luz de una bombilla de tungsteno que derramaba su luz amarilla sobre una concurrencia de chiquillos, sobrecogidos por el encantamiento narrativo de la visitante. Nosotros, sí, podemos decir que

íbamos a la cama con las imágenes frescas del Chaplin mudo, en medio del silencio de la noche urbana que los jóvenes de hoy ya no conocen. Desde ese entonces me acompaña la memoria del barrio San Benito, tomado por asalto, atacado de muerte por una central minorista que había llegado para devorárselo.

Mis padres, como los de muchos otros, a duras penas alcanzaron a cursar algunos niveles de educación básica, y la mayor parte de mi formación estuvo marcada por el ambiente religioso que reinaba tanto en el entorno familiar como en el colegio. Misas, buenas intenciones y padrenuestros que se elevaban como las almenas de un castillo sitiado por los fuegos de un mundo alterado. Llegaron los ritmos del rock, las minifaldas, las hierbas de la Iluminación, los libros rebeldes perseguidos por curas y señalados de inmorales. ¡Imagínate! Ellos enfrentados a nosotros, que teníamos el hervor en el cuerpo, la energía más encendida, la rebeldía después de la primera gran rebeldía del 68 y de los setenta más rebeldes aún, más decididos a trasponer los límites.

Entonces empezaban a soplar aires distintos sobre la parroquia, de los que casi nadie hablaba. Mi amigo, de apellido M, me mostraba en secreto los libros de su padre, traídos directamente de Moscú; un compañero del colegio, en una tertulia intelectual de muchachos, se atrevió a decir, muy espontáneo, que también él admiraba a Einstein pero que le reprochaba solo una cosa: el haber creído en Dios. Los curas se pertrechaban tras su pretendido poder: nos espiaban y juzgaban, sin fuerza argumental. Por nuestras manos pasó Nietzsche (aunque muy a la ligera), Camus, Sábato, Lenin con su bodrio *Materialismo y empiriocriticismo*, García Márquez, uno que otro Gonzalo Arango, en fin. No esperamos alcanzar la mayoría de edad y ya nos colábamos en los bares del centro, donde teníamos por contertulios a nuestros propios profesores. Poco después llegó la diáspora: una especie de potente fuerza centrífuga que destruyó ese, para nosotros, primer intento de alianza juvenil. Algunos de estos chicos murieron prontamente en manos de la mafia, otros perdieron el horizonte en paisajes psicotrópicos,

aquel desaparecería en virtud de la guerra de Estado, que dispuso de muchos (y aún dispone) por la mera sospecha. Y otros, no lo pongo en duda, se hicieron a un oficio, dedicados a la simple rutina de conseguir dinero, bien por la vía empírica, como técnicos, quizá como médicos, odontólogos, abogados o ingenieros.

La universidad me recibió entonces con sus estructuras temáticas. Mucha física y matemática, pocas humanidades, casi nada de arte, para qué todo eso. Sospechábamos que la universidad era lo nuestro pero en realidad no teníamos suficientes razones para creer firmemente en ella, sobre todo al principio. El mundo a nuestro alrededor era cada vez más político. Un amigo había sido desaparecido. Algunas chicas de nuestra misma edad cerraban filas en torno a sus compañeros, fieles y fuertes, una que otra más acongojada, varias de ellas también perseguidas, amenazadas; y el vientre allí, el de ellas, como una pregunta, un emisor de signos, una opción, una maldición, un arma que te podía destruir o hacer más fuerte. El imperio de las drogas se fue asentando, los políticos definieron posiciones con relación al negocio, no faltaron los presidentes que mostraban los dientes por la televisión o que cerraban sus alocuciones con un “Dios nos guarde con bien”. Mientras el pueblo, ese pueblo que aún constituye la base de nuestra sociedad, también experimentaba sus propias transformaciones, algunas de ellas igualmente violentas. Como las de mi amigo Alfredo, estudiante de filosofía en la Universidad Autónoma, que se colgaba en un bus del 12 de octubre, repleto de gente, todas las noches, llevándose su sonrisa amable y moderada y sus silencios poblados de esas casas, de esas calles de barrio, de esos puñales y revólveres que esperaban su momento de actuar, desde la oscuridad.

Supe de JAN por una casualidad afortunada. Iba y venía muy triste por ahí, de aula en aula, con mi lista de tareas pendientes: álgebra lineal, geometría, cálculo, relaciones estequiométricas, la molécula de ácido nítrico y de un profe extraño que hablaba de Saussure. Estuve a punto de morir ahogado, no porque hubiera caído inconsciente en una piscina, sino porque ya no soportaba

tanto silencio acerca de la gente y la existencia misma. No recuerdo qué fue primero, si el curso de Física II o las conferencias sobre Nietzsche en el Museo de Arte Moderno de Medellín, cuando todavía funcionaba en el barrio Carlos E. Restrepo. Ni sabría decir de dónde vino la primera herida, y si fue la más honda. El mismo hombre de barba y pelo largo, que fumaba sin parar y hablaba como un pájaro mozartiano —su mirada compasiva, inteligente, profunda— declaraba con convicción que éramos un pueblo como el de Josefina la Cantora y que, por tal razón, debíamos cantar, es decir, expresar, ¿qué?, lo que llevamos dentro. Cómo hacernos dignos de la herida, qué tan profunda debía ser, qué tanto sumergirnos en la soledad, en la oscuridad de la noche mística para escuchar mejor el canto de la noche. Una mañana, saliendo del bloque 46, me encontré con él, serían las diez. Y ya te matriculaste, me preguntó. En mi alma se hizo un silencio. Había estado asistiendo a los talleres de escritura con Manuel Mejía y con Mario Escobar. Creí que ya no iba más en la universidad, presentía a mis pies un abismo y hasta llegué a mirar con desprecio todas esas disciplinas físico-matemáticas que tanto me ocupaban. Siempre quise ser científico, físico, laboratorista o quizá simple y llanamente experimentador. Me voy, le dije. Me voy a estudiar Comunicación Social a la de Antioquia. Sus ojos claros me miraron de frente. Y por qué. Después de darle una —tal vez confusa— explicación agregó: me cambio de Facultad, voy para Minas, me traslado a la Unidad de Hidráulica y voy a enseñar Mecánica de Fluidos. Te espero por allá. Y de lo otro, no te preocupés. También veremos. No creo que sea necesario abandonar los estudios de ingeniería solo por la escritura. El golpe fue directo, al de JAN se sumó el de Mario Escobar, quien resumió: “asegúrese la cucharita”. Había llorado tanto mientras estudiaba las lecciones sobre el movimiento planetario, me había sentido tan miserable y avergonzado por toda mi ignorancia, por mi actitud, por mi incultura...

Y los días siguieron su curso. Con ellos llegaron los seminarios (sobre la novela inglesa en la época victoriana, las ecuaciones de Navier-Stokes, Kafka, el soneto), las clases (de Mecánica de Fluidos II y el la-

boratorio de Hidráulica con vertederos, chorros, movimientos solidarios —sobre todo el rotacional—, el encanto mágico de la tensión superficial, la viscosidad, la turbulencia) y los estudios (sobre Galileo, Leonardo da Vinci, Góngora, Cervantes, el análisis variacional, los fluidos no-newtonianos, las capas límites, mecánica de los medios continuos). En una entrevista que le concediera a Reinaldo Spitaletta había llegado a decir que él, es decir JAN, no distinguía entre “un loco poema de Hölderlin y un loco texto de aerodinámica”.

Así fue como el devenir académico y personal cambió de rumbo, de modo que lo que en principio parecía un imposible existencial se convirtió en un posible cargado de retos y dificultades, cuál de todas más extrema e insoslayable. Asuntos como la física, la matemática o la filosofía dejaron de ser una elección para convertirse en cuestiones de apremiante trabajo. Sentí espanto por mi pasado y mi presente; se me helaba la sangre de pensar en las enormes dificultades con que tropezaba mi inteligencia y escritura; en matemáticas y ciencias naturales era como si mi comprensión y desempeño apenas alcanzaran el nivel de un escolar promedio; me llegué a sentir hueco como una calabaza y, para acabar de ajustar —derruida la moral cristiana—, carente de referentes éticos. Se abrieron ante mis ojos mil horizontes nuevos, tan exigentes como tormentosos, tan liberadores como inevitables. Solo así pude soportar el paso por varios de esos, más bien áridos, cursos de pregrado.

Debo decir que por lo menos entre mis compañeros probablemente JAN no fuera el más querido de los profesores de la Facultad. La gran mayoría sufrió lo indecible con sus clases, sus textos, sus tareas, sus preguntas, sus argumentos en clave matemática. Por fortuna, es justo decirlo, entre aquellos jóvenes hubo también algunos de extraordinaria fuerza e inteligencia que terminaron escribiendo sus trabajos de grado, tesis y artículos con él. Ese profe cuya singularidad pedagógica e intelectual eran incuestionables, que era capaz de movernos el punto de encaje, acostumbraba decir, citando a Kafka: “Que un libro sea el hacha que

rompa el mar helado que llevamos dentro”; un libro, una sesión de laboratorio, una conversación casual en las escalinatas, qué más da. Reconozco haber tenido profesores dotados de una cultura maravillosa, de gusto refinado, conocedores admirables de temas relacionados con la probabilidad, la termodinámica, la resistencia de los materiales. Pero en pocas ocasiones encontré entre ellos la paz que me ayudara a tramitar el desasosiego; hasta que, a partir de JAN, el “todo fluye”, *παντα ρει*, serviría como lema para construir un mapa convincente de mis circunstancias.

Me pregunto qué habría sido de nosotros en medio de esa angustia de los años ochenta y comienzos de los noventa, con todo ese horror que se iba desatando, si no hubiéramos tenido tan cerca a seres como JAN, Manuel Mejía, Estanislao Zuleta, Mario Escobar, Luis Antonio Restrepo. Conscientes de la situación, sensibles a nuestro dolor y desconcierto, ellos nos acompañaron en una transición espiritual que, en no pocos casos, debió requerir grandes esfuerzos. De allí vendría la energía suficiente, por lo menos en mi caso, para encarar la demolición de los mundos: el de nuestros antepasados, el de nuestros padres y el nuestro.

¿Y por qué no intentarlo? Quiero decir, el cambio. Se hablaba entonces de posmodernismo y la revolución de la cultura. En Europa se alzaba un pensamiento renovado sobre ética, poder y deseo, los derechos humanos, de las mujeres y las minorías; se planteaba un modelo de ciencia que fluía, sin negar el devenir ni la segunda ley de la termodinámica. El rector de la Universidad Nacional se quedaba de pronto sin argumentos y, con el propósito de dar por finalizado un artístico encuentro, se bajaba los calzones de espaldas a los estudiantes. Se explicaría luego: había que dar la bienvenida a la semiótica, a la epistemología a la colombiana y a los doctores académicos. Tuvimos más desaparecidos, se reportaron los primeros casos de sida, la violencia en el país iba en aumento. Y como la economía neoliberal dictaba sus consignas, se abrieron las fronteras nacionales al capital *amigo*. Entonces —oh sorpresa—, mientras estudiaba modelos matemáticos para la regulación de

embalses en el curso de Planeamiento de los Recursos Hidráulicos supimos la noticia que alteraría los relojes: en Colombia se estaban secando los embalses y urgía poner en marcha un plan de racionamiento energético.

Quizás ha llegado el momento de plantear una mirada sistemática de la obra de Jorge Alberto Naranjo. Siendo una producción tan vasta y variopinta se han intentado algunas aproximaciones a su trabajo, pero creo que es justo decirlo, varias veces nos ha podido más la emoción y el desconcierto que un análisis integral de su carrera como profesor, escritor, conferencista e investigador. Intentaré, pues, hacer algunas sugerencias metodológicas al respecto, con la idea de que puedan ser tenidas en cuenta en estudios futuros.

Varias veces Jorge Alberto Naranjo habló de cinco frentes activos de trabajo (Naranjo, 1995a; Naranjo, 2019), entre los cuales identificaba: ciencias naturales, filosofía (e historia) de las ciencias —“sobre todo de las ciencias naturales”—, literatura, filosofía del arte y filosofía política; esta última denominada también “filosofía de las costumbres”. Al parecer, Jorge Alberto tenía muy claro en qué áreas quería trabajar, de modo que tanto sus libros, artículos y material escrito, como el resto de su actividad intelectual —representada además por conferencias, cursos universitarios y hasta cargos administrativos, cuando los hubo— pudieran atribuirse a uno cualquiera de esos *frentes*. El problema mayor de este enfoque surge cuando una acción se localiza en un *inter-medio*; como cuando explora diversos aspectos del Renacimiento (la forma soneto, Leonardo da Vinci, etc.) o cuando estudia en Efe Gómez o en Pedro Nel Gómez al literato y al pintor, respectivamente, sin dejar a un lado su labor como educadores y técnicos.

Ese esquema de *frentes*, que caracterizarían su pensamiento, surge quizá como respuesta a las interpelaciones de algunas personas, que veían en él un intelectual polifacético (Naranjo, 1985) o un personaje de saber enciclopédico, como en la entrevista que le hace Ana María Cano (Naranjo, 2007), en la cual ella le dice: “Volvamos a la física, volvamos a la mecánica de flui-

dos. Es que ese puente no es tan evidente. Es decir Jorge Alberto Naranjo lo ve superevidente, pero no, hay que construirlo. ¿Cómo pasar de Kafka a la mecánica de fluidos?”. La pregunta era apenas de esperar, por la extrañeza que suscita alguien con un territorio cultural tan vasto. La respuesta es muy bella: “Mira, el poema es música, el poema es prosodia, el poema es un flujo... y ya vamos llegando a los fluidos...”. Las líneas de corriente giran de pronto y lo conducen de un frente a otro, naturalmente, sin pretensiones, sin afectaciones. De modo que si, por tomar un ejemplo entre varios posibles, el profesor de mecánica de fluidos termina siendo un experto reconocido en literatura antioqueña, no es porque hubiera decidido trabajar sobre *una cosa más* en su vida; sino, más probablemente, porque andaba buscando el tono de unas voces, una semántica y unos temas más apropiados para escribir esa novela sobre la Facultad de Minas, titulada *La estrella de cinco picos* (Naranjo, 1995b). Y al sentirse tan cómodo y complacido el maestro continúa produciendo en esos otros temas, que habían sido ya motivo de conversación en el entorno familiar de la infancia.

Encontramos otro aspecto de su obra bastante reiterado, no tanto por él como por sus interlocutores: la melancolía. Un punto interesante, muy útil para crear ambientes en los cuales enmarcar las preguntas de una entrevista determinada, y más cuando se trata de asuntos relacionados con las ciencias humanas o la literatura. Así, pues, uno que otro tertulio insistía sobre el asunto, tal vez con la intención de hallar en ello el *leitmotiv* espiritual que explicara el notable volumen de trabajo que el autor era capaz de desplegar en campos tan variados del conocimiento. Y es que, de hecho, entre textos y seminarios le dedicó muchas horas a pensar el asunto de la melancolía, como en aquellos a propósito de Leonardo da Vinci, Alberto Durero, Miguel Ángel Buonarroti, Artaud, Becket. En palabras del mismo Jorge Alberto:

Entonces, para mí el tema [de la melancolía] ha sido personal, ha sido una enfermedad con la que he cargado la vida entera y luchado contra ella (González, 2008, s. p.).

No obstante, quienes estuvimos en sus cursos o asistimos a sus conferencias, pocas, si acaso alguna vez, presenciamos con claridad esa faceta de su modo de ser, pues se borraba cuando tomaba la palabra y más aún si trataba de temas técnicos o ciencias naturales. Para Jorge Alberto la melancolía constituía algo así como una enfermedad de los tiempos, a la cual estábamos ahora más expuestos, sobre todo los jóvenes:

En cierto modo, es duro decirlo, pero, en mí estaba experimentándose un fenómeno que dos décadas después es cada vez más general; es una desolación ante las ilusiones de la existencia... Una perplejidad ante lo que nos acontece, una fatiga de los jóvenes a los treinta años; un miedo ante la existencia: ¿qué les ofrece? ¿Qué va a ser la vejez? ¿Sí llegarán a ella con fuerzas y energías? (González, 2008, s. p.).

Pero aun en estos casos de declaración íntima no se quedaba dando vueltas sobre lo personal. Y más bien agregaba:

Por eso estoy todo el tiempo proponiendo pequeñas tareas, como no contentarse mucho, que no haya tiempo de pensar en los vacíos sino que uno esté ocupado haciendo cosas que se alcanzan fácilmente y que, por un ratico, le hagan puente sobre esos hiatos tan espantosos (González, 2008, s. p.).

En conclusión, Jorge Alberto admitió toda su vida haber sido un *melancólico*, pero este aspecto, una vez identificado, se convirtió en un problema que se debía resolver, en un asunto que ameritaba ser pensado y transformado para, de esa manera, ayudar a otros a reconocer y contrarrestar este tipo de afectaciones del temperamento. Reconocemos al maestro que, a su modo, sabía convertir la filosofía de las costumbres en un auténtico *frente de trabajo*. Lo cual no obsta para que nos sorprenda a veces con cosas como aquella frase de Kafka que sería el epígrafe en la primera parte de *La estrella de cinco picos*: “Frente a lo esencial, todo me resultará tan indiferente como las materias estudiadas en el Liceo; se trata pues de elegir la profesión que, sin herir en exceso mi amor propio, dará mayor autoridad a mi indiferencia”.

Aun así, propongo descartar en su obra toda intención *romántica* o de énfasis sobre *el absurdo, el vacío, la soledad* como consignas de un espíritu triste. Y, ante la tentación, recordemos sus palabras: “Es fácil volverse relator de angustias: hay una cierta debilidad estética que solo sabe conjugar pasiones tristes. Y contra ello hemos de enfrentarnos, no tanto por vía del debate y de la crítica como por vía de obras menos lúgubres” (Naranjo, 1992).

Aquellos que insistan en el Jorge Alberto agobiado, depresivo, melancólico o enfermo no podrán captar el espíritu más jovial y afirmativo de su existencia, que no faltaba ni en las clases, ni en los laboratorios y ni siquiera en las conferencias, aun en aquellas donde aparentemente el tema era más oscuro. Como en aquellos seminarios sobre Kafka o Becket, donde —siempre que podía— insistía en el humor de estos autores: “Hay que reír cuando se lee ‘Una mañana, tras un sueño intranquilo, Gregorio Samsa se despertó convertido en un monstruoso insecto’”.

Ahora bien, después de lo dicho conviene precisar si es que la obra de Jorge Alberto puede considerarse compuesta por frentes independientes de trabajo, los cuales servirían para clasificar o enmarcar cada una de sus actividades. No lo creo. Una alternativa tentadora a ese enfoque sería ver las cosas como si se tratara de una partida de Go, donde el papel del jugador-creador consistiría básicamente en decidir la próxima jugada, pensada para defender una esquina o consolidar este o aquel sector en el tablero. Como quien dice: “hoy es mejor hablar de etología, mañana, según sean las circunstancias ‘externas’, quizá de Carrasquilla”. El problema aquí es que la acción quedaría supeditada a un determinismo reactivo, de cálculos y razones, e incluso a un plan o una estructura. Pero este no es el caso: el pensamiento de Jorge Alberto no fue en esencia reactivo, ni calculador ni estructuralista; y esto gracias a su espíritu cultivado en el vitalismo de Nietzsche, en la lucidez ética y política de Foucault, en el devenir maquínico de Deleuze y Guattari y, por sobre todo, en el naturalismo. Tampoco se interesó gran cosa por

el día a día de la vida pública; a pesar de ese poema dedicado a Antanas o del soneto a los Pombo. Y por raro que parezca no siempre actuó bajo los estrictos cánones de la razón, de modo que podían irrumpir con cierta libertad, de tanto en tanto y muy frecuentemente, en su voz y en sus textos, el filósofo y el poeta. Una pequeña muestra de ello es el origen de sus *Paisajes escriturales* (Naranjo, 1999):

Luz tempestaria,  
vendal, brumiones.  
La clina estránsita sesgando el cielo  
preñado de húmides;  
todos los seres de la tempestad...

Por mi parte, prefiero un análisis de los trabajos de Jorge Alberto en tres escalas:

En primer lugar. Cada uno de sus trabajos corresponde a una especie de función multivariada, cuya naturaleza se define según sea la participación que tenga en ella la ciencia, la literatura, etc. Aunque en algunos casos puede decirse, por ejemplo, que estamos ante la formulación de un problema de mecánica de fluidos, muchas veces lo que encontramos es un trabajo que apunta a un asunto inter-medio, como cuando escribe sobre el *clinamen*, un concepto griego de origen filosófico que en manos del escritor se convierte además en una meditación físico-matemática. Recordemos, además, para efectos prácticos, que la tradición filosófica generalmente reconoce tres dimensiones del pensamiento, tres vertientes, cada una con sus propias unidades de expresión y de medida; se trata de la filosofía, el arte y la ciencia (Deleuze y Guattari, 1993). Si así fuera, simplemente tendríamos que cada acción específica de Jorge Alberto, con su correspondiente nivel de intensidad (no profundidad), es una relación funcional del tipo

$$\text{Obra}_y = f_y(X_1, X_2, X_3, t),$$

donde los  $X_i$  son las tres dimensiones mencionadas y  $t$  el momento de su historia personal, en el cual se enmarca dicho trabajo. De otro modo, si en vez de

tres aceptaríamos la propuesta de los cinco frentes de expresión que propone el mismo Jorge Alberto, lo que tendríamos sería algo así como

$$\text{Obra}_y = f_y(X_1, X_2, X_3, X_4, X_5, t),$$

ahora con Xi cada uno de los *frentes* antes referidos y t el momento de la creación. La ventaja de este esquema analítico es que nos abre la posibilidad de poner los trabajos en su contexto, tanto temático como de la vida del autor. Y no solo para considerar acciones *puras*, sino también aquellas que surgen entre los bordes de los llamados *frentes*. Vistas así las cosas, cada acción sería un punto en un espacio temporal de creación en cinco dimensiones; siendo esta una mejor manera de proceder al análisis que forzar la clasificación por frentes o dimensiones específicas, lo cual puede impedirnos captar los matices más interesantes de un trabajo cualquiera, e incluso hacérselo incomprensible, anacrónico, insulso o fuera de lugar. Entonces, se puede leer, por ejemplo, *Prolegómenos epistemológicos* (Naranjo, 1988) no solo como una obra de *filosofía de las ciencias*, sino también de *filosofía política* y hasta de *ciencia*. Y además se pueden valorar las diferentes tesis de grado y de maestría que él dirigiera, algunas aparentemente alejadas del estado del arte del conocimiento pero cargadas de interés pedagógico y político.

En segundo lugar están las series de obras temáticamente próximas o relacionadas en el espacio de las dimensiones: a propósito de Kafka, de Nietzsche, de la melancolía, de los estudios de filosofía del arte, de reología, de pedagogía, de historia de las ciencias, de resaltos hidráulicos, de las ecuaciones de Navier-Stokes, de literatura antioqueña, de literatura urbana, del Renacimiento europeo, por mencionar algunas. En este caso, se trataría de lo que podríamos denominar *superficies de composición*:

$$S_j = S_j \{ \text{Obra}_1, \text{Obra}_2, \dots, \text{Obra}_n \}.$$

Tomemos, por ejemplo, los resaltos hidráulicos:

- Trabajo de grado: C. A. Palacio y J. J. Jaramillo (1994). *Resaltos ondulares y ondas solitarias*. Medellín: Universidad Nacional, Facultad de Minas, Ingeniería Civil.
- Artículo: J. J. Jaramillo y C. A. Palacio (1995). “Clasificación y geometría del resalto ondular”. *Avances en Recursos Hidráulicos*, (3), 131-136.
- Artículo: J. J. Jaramillo y C. A. Palacio (1995). “Disipación del momentum lineal en resaltos hidráulicos”. *Avances en Recursos Hidráulicos*, (3), 119-123.
- Artículo: J. J. Jaramillo y C. A. Palacio (1995). “El resalto ondular y las ondas cnoidales”. *Avances en Recursos Hidráulicos*, (3), 125-130.
- Trabajo de grado: C. Palacio y F. Monsalve (s. f.). *Solitones y resaltos*. Medellín: Universidad Nacional, Facultad de Minas, Ingeniería Civil.
- Tesis de grado: L. P. Botero y L. J. Montoya (1998). *Resaltos hidráulicos y disipación de energía*. Medellín: Universidad Nacional, Facultad de Minas, Ingeniería Civil.
- Artículo: L. J. Montoya y L. P. Botero (1999). “Resaltos hidráulicos y disipación de energía”. *Avances en Recursos Hidráulicos*, (6), 57-71.
- Tesis de maestría: J. J. Jaramillo (1999). *El resalto hidráulico ondulante y las ondas no lineales, modelación física y numérica*. Medellín: Universidad Nacional, Facultad de Minas.
- Trabajo de grado: D. Montoya y O. González (2001). *Estudio de resalto hidráulico por cambio de pendiente*. Medellín: Universidad Nacional, Facultad de Minas, Ingeniería Civil.
- Capítulo de libro: C. A. Palacio, J. J. Jaramillo y J. A. Naranjo (2018). “Resaltos y solitones: el resalto ondular, un tren de ondas cnoidales e hipercnoidales”. En *Ondas en superficies líquidas*. Medellín: Léanlo Editores.

Estos diez trabajos muestran el interés que Jorge Aberto sintió por el tema (digamos técnico) de los resaltos. Se observa cómo la serie comienza en 1994 y prácticamente lo acompaña hasta el año 2018, un año antes de su fallecimiento. Solo una parte corresponde a artículos publicados, los cuales, en su mayoría, son producto de investigaciones adelantadas en la Facultad de Minas por estudiantes de ingeniería bajo su dirección, algunas de

ellas merecedoras de una mención académica especial. Aquí, como en otros casos, Jorge Alberto no declina su interés por un tema que reconoce más amplio, de modo que lo explora matemática y experimentalmente acompañado por los estudiantes. Algunas de esas series o superficies parecen tener asociado un evento desencadenante, más o menos discernible, capaz de enganchar la voluntad y el deseo. Como pudo ocurrir a partir de la lectura de *El nacimiento de la física* de Michel Serres (1977), texto que leyera Jorge Alberto con avidez y que le llevó a encontrar, en el último párrafo, esa frase detonadora: “Inventer l’histoire liquide et les âges d’eaux”, convertida, a partir de ese momento, en una de las razones por las cuales decidió pasar de la Facultad de Ciencias a la Unidad de Hidráulica de la Facultad de Minas, para embarcarse en un proyecto al que dedicaría, por lo menos, veinte años de su labor como profesor: la mecánica de fluidos y la hidráulica, dado lo cual se empaparían hasta sus sonetos.

Finalmente, está la escala que reúne la obra, el *opus*. En ella se puede ver cómo surgen las superficies de composición en el campo de la producción, cómo se cruzan, cómo resuenan entre ellas, cómo se detienen de pronto para volver a aparecer o para dejar sentir un armónico nuevo. A esto se pudiera llamar el campo de inmanencia, inmanencia-una vida como escribió Deleuze. La contemplación de ese conjunto es lo que propiamente llamamos Jorge Alberto Naranjo, un creador cuyas series seguirán oscilando, vibrando en nuestro paisaje afectivo y cultural. En esencia, entendemos, se trataba más de conectar saberes y de incidir sobre generaciones de jóvenes dispuestos a transformar el contexto local de la cultura que el simple propósito de acumular, promover o divulgar cultura.

Los comentarios metodológicos previos quizás ayuden a construir una imagen más completa y apropiada de la obra de Jorge Alberto Naranjo. Como la cinemática en el estudio de los flujos, dicha imagen, aunque histórica, correspondería a una primera aproximación de carácter descriptivo. Otra cosa sería el análisis dinámico, a partir del cual estudiaríamos las inercias

y aceleraciones del espíritu, la conjunción de fuerzas que redefinen una trayectoria, que transforman el contexto de la producción deseante, la sinergia de este con otros cuerpos y otros pensamientos, el complejo mapa de las conexiones maquínicas, los cambios de ritmo y eficiencias, la declinación, la enfermedad, la prolongación del rizoma en otras existencias. Sin duda, estas cosas también vienen a cuento y esperamos que también se realicen este tipo de estudios.

Y para concluir, nos preguntamos, una vez más, cómo responder a esas preguntas que emergen con natural asombro y que encontramos en algunas de las entrevistas que le hicieron: “¿Su arqueología literaria antioqueña es nostalgia?”, “¿Para quién es *Los caminos del corazón*?”, “¿Cómo fue eso de hacerse maestro?”, “¿Cómo es ese encuentro con unos escritores, con una región?”, “¿Cómo pasar de Kafka a la mecánica de fluidos?”. Todas esas inquietudes, que surgían naturalmente en una conversación con él, eran un antídoto contra otro tipo de generalizaciones acerca de su persona y de su obra. Como no es este el momento para detenernos en ello, recomiendo a este propósito el texto titulado *La patria que se construye*, publicado en 1997. Es un texto diferente, entre otras cosas porque Jorge Alberto escribe rara vez acerca de sí mismo. Allí podemos leer: “para que mis obras obren conviene que yo devenga imperceptible, que se borre mi presencia y se pierda mi rostro. Que cada alma a la que alcance mi contagio sienta brotar en ella misma la chispa creadora y avivarse el anhelo de libertad para su propio y singular despliegue”.

Creo que el mayor homenaje que podemos hacerle a Jorge Alberto Naranjo, amigo y maestro, es estudiar sus obras; mejor que quedarse dando vueltas innecesariamente en aspectos de su vida personal. Y si quisiéramos entender algo más acerca de cómo era su carácter, tengamos presente que, como espíritu libre, él era dueño de las cuatro virtudes señaladas por Nietzsche (1983) en *Más allá del bien y del mal*, aforismo 284: valor, lucidez, simpatía y soledad.

## Referencias

- Deleuze, G. y Guattari, F. (1993). *¿Qué es la filosofía?* Anagrama.
- Galilei, G. (1976). *Consideraciones y demostraciones matemáticas sobre dos nuevas ciencias*. Editora Nacional.
- González, O. J. (2008). La pasión de pensar. En *Conversación y silencio*. Endymion.
- Naranjo, J. A. (1985). Los diez mil rostros de un señor barbudo [entrevista con Reinaldo Spitaletta]. En *Las invenciones de mi alegría* (2019). Editorial EAFIT.
- Naranjo, J. A. (1988). *Prolegómenos epistemológicos para una historia de la física* [ponencia, Cali: Fundación para la Filosofía en Colombia. Facultad de Humanidades. Universidad del Valle].
- Naranjo, J. A. (1992). Escribir en Medellín (ensayo sobre la manera de mirar la ciudad). *La Hoja*, (1).
- Naranjo, J. A. (1995a). Un hombre que fluye [entrevista con Ana Graciela Gil]. En *Las invenciones de mi alegría* (2019). Editorial EAFIT.
- Naranjo, J. A. (1995b). *La estrella de cinco picos*. La Carreta Editores.
- Naranjo, J. A. (1997). La patria que se construye [Seminario Ay país. Cómo llega una sociedad a perder su instinto de conservación – y cómo logra recuperarlo. *La Hoja*, Medellín, mayo 16-17]. En *Las invenciones de mi alegría* (2019). Editorial EAFIT.
- Naranjo, J. A. (1999). Paisajes escriturales. *Desde la Biblioteca*, (9).
- Naranjo, J. A. (2007). Una ciudad para leer [entrevista con Ana María Cano]. En *Las invenciones de mi alegría* (2019). Editorial EAFIT.
- Naranjo, J. A. (2019). La pasión de pensar [entrevista con Oscar González]. En *Las invenciones de mi alegría* (2019). Editorial EAFIT.
- Nietzsche, F. (1983). *Más allá del bien y del mal*. Alianza Editorial.
- Serres, M. (1977). *La naissance de la physique. Dans le texte de Lucrèce. Fleuves et turbulences*. Les Editions de Minuit.